

DISCURSO 1915

CIENCIAS, MAESTROS Y UNIVERSIDADES

Discurso pronunciado en nombre de los graduados, en la solemne colación de grados del 8 de diciembre de 1915.

Señor Rector,
Señores Académicos,
Señores Profesores,
Señores :

Erraba en la mañana de este día, una musa graciosa y fresca. Un aliento de juventud brotaba de la tierra recién amanecida, y en el aire — dulce y vasto — vibraba el Sol como una limpia canción de primavera. El parque inmediato lleno de misterio y murmullo, acentuaba su fina arquitectura. Sobre la charla pueril de las cosas, la tierra rompió a cantar, mientras se aclaraba en cobalto el violeta obscuro de la sierra. Traía prisa el sol por alegrar la mañana y el primer rayo de luz pasó volando sobre la copa de los árboles, y fué a quedar prendido entre la veleta de las torres, y las campanas para hacerle fiesta echaron al aire su vovinglería, y el aire, desde entonces, está sereno, claro y azul, alegre como otra campana: campana de juventud! campana de primavera!

Dicen que el árbol de la Ciencia está aquí, cargado de pommas. Y en este día azul, bajo el pórtico engalanado, pasa la vida nueva: el corazón en fiesta, el espíritu en pleno dominio de sí, el cuerpo viajero, los ojos inquietos y avizores. . . Dicen que el árbol

de la Ciencia está cargado de pomos; llevaremos las que haya. Pasa la vida nueva: viva la vida! Singular coincidencia ésta, que hace romper la marcha de la gente joven al ritmo glorioso de la primavera. "La que nos dice amor cuando al alma le duelen desencuentros, la que nos dice frescura de regato, sombra de frondas sobre el agua, cuando va el cuerpo al Sol por los caminos polvorientos": la que nos enciende, al par que surgen los entusiasmos claros y son las esperanzas como las crestas azules de las montañas que decoran el horizonte vecino.

Suspensos un instante al milagro del día, nos situamos al borde del sendero y sin querer volvemos la cabeza. Pensamos entonces que nuestro pasado es breve, como un hemistiquio. Pero hay quien arguye sabiamente...! La vida es feliz porque está serena frente a la verdad liberadora — dulce o amarga, pero siempre amiga. Una mitad de lo vivido nos la gastó el mundo en ligarnos al error con lazos todopoderosos. Acaso la culpa fué de los que más nos amaron. Duras fueron de arrancar las sutiles argucias hiladas con diamante, pues tal suerte prendieron sus tramas en el corazón que hubimos de sentir el dolor del desgarramiento. Pero la juventud no es rencorosa. Restaña las heridas y olvida y trabaja y sueña y espera. Y en presencia de la verdad que halló, se presenta — en el decir del poeta — como una pradera cara al cielo; pasan sobre ella mariposas blancas y nubes negras; y ella se deja acariciar por la sombra de las alas blancas y por la sombra de las nubes.

Limpias las frentes, claros los ojos puestos en la ruta, ágil el paso, acudimos serenos a la cita solemne. Denuncia sin embargo nuestro sentimiento, la leve nerviosidad del ademán inevitable. Ya nos vamos, señores! Ha clareado alegre la mañana y el clásico zurrón de los peregrinos va ligeramente provisto. Ya parha subido de la ciudad silenciosa la caravana de los viejos maestros a despedirnos... Grupos familiares nos hablan melancólicamente de las cosas idas. Cobran relieve las emociones de la

provincia. Anímanse las caras tradiciones y desde la casa de estudios se extiende hoy por los ámbitos de la ciudad, una como vibración de pensamiento. Han venido todos los compañeros y los viejos maestros. Vienen a hacernos la última recomendación, a darnos el postrer consejo. Decidlo pronto, que nos aguardan ya! Escucharemos y seremos cariñosos, atentos, agradecidos...

Cuando preparemos en el huerto la vendimia, y termine la primer faena en el lagar, sabremos decirnos del sabor que nos trajo el zumo de la vieja experiencia. Mientras tanto, hablemos. No todo han de ser lágrimas en las despedidas. Algo también aprendimos por nuestra propia cuenta en un ángulo apagado del claustro. Si entonces conocimos algún mal, no digamos ahora: alma, silencio! "no querramos como Claribel, reposar solo bajo el roble solemne y frondoso": no querramos que para guardar nuestro sueño — como cantó el poeta — hagan pausa las brisas y mueran dejando caer hojas de rosa; que el roble suspire la antigua melodía íntima y turbadora, mientras se agite el peligro en la maleza!

Salimos de un instituto científico que fuera orgullo de propios y de extraños, cuando desde la gran colonia o desde el altiplano, venían en confusión pintoresca hombres ávidos de saber, para volver después cumpliendo entre las gentes el altivo mandato del escudo universitario. Tan replandeciente fué la epifanía, que nos aturdimos un tanto. Creímos lograda entonces la perfección absoluta, sin pensar que en el antiguo mito, Saturno es el mismo Tiempo, que devora a sus propios hijos. Afortunadamente, vamos dejando ya de practicar el culto fetiquista hacia el pasado — glorioso sí, pero pasado. Comprendemos que el pasado fué glorioso por ser lo más claro de la verdad de entonces. Procuramos ahora con la cooperación creciente de todos, devolver a la vieja casa el augusto brillo de sus blasones, para que nunca deje de cumplirse aquel mandato imperativo.

Una de las mayores ventajas de la Ciencia es, por cierto, la que permite utilizar a los espíritus más modestos. El arte no soporta jamás la mediocridad. La Ciencia se vale frecuente y subalternamente de ella.

En todos puede encontrar colaboradores. Un poeta mediocre — se ha dicho — es para el arte un ser perfectamente inútil. La Ciencia en cambio nada desdeña, amasa todas las observaciones, reúne y multiplica todas las fuerzas intelectuales. Por esta razón la Ciencia lleva dentro de sí una fuerza de propagación que solo han tenido las religiones, a las cuales acaso substituya. Basta que salga del trance puramente especulativo o indagatorio. Basta que florezca en acción. No debe proclamarse como se proclama en tantas partes la “bancarrota de la Ciencia”, sino la del científicismo. Solo ella puede salvarnos de los males que nos circundan. Lo que hace falta es depurarla y hacerla coherente: adaptarla a las necesidades “totales” de la civilización.

La Ciencia en definitiva no es otra cosa que la experiencia de la humanidad hecha sistema, orden, claridad, armonía. Para la Ciencia debe haber una discreta asociación de los espíritus. Sin duda que un número reducido de dominadores será siempre necesario “para dirigir el trabajo, abarcar el conjunto de los materiales acumulados, distribuirlos y elevarse a inducciones imprevistas.” Claro está que en lo extremo de la correntada va el penacho de agua turbia, pero el agua lejana es más caudalosa, más serena y más pura. Hay un escollo que siempre debe evitarse: la Ciencia — se ha dicho — tiene sus entusiastas pero tiene también sus fanáticos, y si fuera necesario tendría asimismo sus intolerantes y sus violentos. Afortunadamente lleva el remedio consigo misma. Engrandecida, encuéntrase al fin en ella el principio mismo de la tolerancia.

La “bancarrota” más seria de la edad contemporánea es la bancarrota de la moral. La guerra actual dá la evidencia de todos los fracasos. Si las inteligencias se han desprendido de los dogmas, el entusiasmo propio de las religiones debe entonces despla-

zarse en las doctrinas científicas y sobre todo en las creencias morales y sociales. No pensemos en retroceder, sino en utilizar los materiales que tengamos a mano. Recordemos la hermosa parábola de Rodó; la de aquel niño que paseaba ufano su gozo por el jardín golpeando acompasadamente con un junco su copa de cristal, hasta que en un arranque de volubilidad cambió el motivo de su juego y llenó la copa hasta los bordes con arena del sendero. Ya la nota del herido cristal no vibraba en el aire. Ante el fracaso de su lira los ojos húmedos del niño se detuvieron ante una flor muy blanca del cantero inmediato. Cortándola la sujetó en la propia arena del vaso enmudecido y continuó paseando por el jardín su ingenuo goce nuevo. Así creemos que de todas las teorías tan diversas sobre los principios de la moral, de la variada experiencia científica, resta un fondo común de ideas, susceptibles de enseñanza y propagación popular. Así como la solidaridad de las inteligencias sirve a la obra científica, la solidaridad de las voluntades será útil para los sufrimientos humanos que hay que aliviar, para los vicios y errores que es necesario curar, para las ideas morales que es preciso esparcir. La fraternidad fundada en la conciencia "humana" de la solidaridad, será el campo fecundo de la futura siembra moral. Rotos los resortes inhibitorios, aventado el tesoro afectivo del legado religioso, no penetra aún la humanidad,—en esta época de transición—de los nuevos valores que se predicán, se agitan los hombres en una lucha grosera, sin heroicidad, sin cuartel y sin nobleza. Nadie procura comprenderse. El egoísmo, estrechando la esfera de cada actividad, concluye por empobrecerla. Ahí está el enemigo, el eunuco de baja ralea! El egoísmo, ha dicho un escritor contemporáneo, es la eterna ilusión de la avaricia, temerosa ante el pensamiento de abrir la mano, sin darse cuenta de la fecundidad del crédito mútuo y del aumento de las riquezas por su circulación. En Moral como en Economía, es necesario que alguna cosa de nosotros circule en la sociedad, que mezclemos un poco de nuestro ser propio y de nuestra vida en la de la humanidad entera. Quien sea incapaz de sobrepasar un

instante a su misma individualidad es en verdad un impotente. En la Ciencia humanizada, pragmatizada, encuéntrase el remedio para todos los males. Por eso pienso que en las Universidades está el secreto de las grandes transformaciones, por eso pienso que estas deben realizar de otro modo sus funciones, por eso pienso que no deben ser solo escuelas de profesionales, por eso pienso que necesitamos maestros a la manera socrática, como se estilaban en aquellos grandes pueblos de la antigüedad: los que mejor comprendieron el sentido profundo de la vida. . .

Uno de los mayores obstáculos a la propagación, a la "penetración pacífica" de la Ciencia, es el "pedantismo" intolerable con que ha logrado desfigurarla y esterilizarla la hegemonía intelectual de Alemania, foco principal de ese feo vicio. Acuso especialmente a Alemania de haber contribuido a matar la imaginación en las ciencias con el culto exagerado del "hecho" omnipotente. Los hechos en si mismos nada valen. Confirman o no, verdades, intuídas, por lo general. El entusiasmo espontáneo se debilita o se recoge herido. Y el entusiasmo es el promotor de todas las obras humanas. Supone "la creencia en la realización posible del ideal, creencia "activa" que se traduce en el esfuerzo. Los espíritus demasiado positivos, cultores enfermizos del "hecho" padecen el mal de no poder conocer todo lo posible. La vida se detiene en los umbrales de sus bibliotecas. Distinguen con admirable precisión lo "que es", de lo "que no es".

El mundo, sin embargo, es de los verdaderos entusiastas, de los que distinguen lo que es de lo que "todavía" no es; de los que miran el presente como el marco del porvenir, de los espíritus sintéticos que saben vincular lo ideal y lo real, de los que advierten una "dirección" y por consiguiente persiguen un fin, de los que saben quebrar los contornos rígidos y sacar palpitante y viva la realidad sucedánea. Allí es donde se incuban los Profetas y los Mesías de la Ciencia!

En la confusión de la vida contemporánea se han borrado de la conciencia humana casi todas aquellas buenas leyes morales y sociales que solían antaño llevar a los hombres de la mano. Mientras tanto, los maestros que debió generar el entusiasmo, callan. El "aura mediocritas" resplandece. En todas partes la autoridad duda de sí misma, y ni en política, ni en religión, ni en ciencia, ni en arte, aparecen los maestros-índices. Caen los prejuicios, instituciones seculares vacilan, pero no surgen los nuevos arquitectos

¿En dónde están?

El mundo moderno ofrece el espectáculo de una confusión indescribible. Todo vacila en sus cimientos, pero no brillan las piquetas de los rudos trabajadores. ¡Debe ser un trabajo silencioso de hormigas!

Se acentúa la crisis de todos los valores. Estarán revisándose de verdad o se realizan tristes profecías? ¿Se estarán cumpliendo acaso las viejas palabras de Amiel? "Se vé que comienza en todas las cosas la era inevitable de la mediocridad. La igualdad engendra la uniformidad y sólo se desembaraza de lo malo sacrificando lo excelente, lo notable y lo extraordinario. Todo se hace menos grosero, pero más vulgar. El tiempo de los grandes hombres se va y llega la época de los hormigueros y de la vida múltiple. Por la nivelación continua y la división del trabajo la sociedad será todo y el hombre no será nada. Las medianías se elevarán en detrimento de toda grandeza. El estadístico registrará un progreso creciente y el moralista una decadencia gradual; progreso *en las cosas* decadencia *en las almas*. Es posible que esto sea definitivo? Será este el resultado de una lenta gravitación histórica, o el lote obligado de un aluvión? Me inclino a creer en el último enunciado. Y cada escaso progreso de la sensibilidad o de la inteligencia remata en nuevos y sutiles dolores. Cuenta Guyau — aquel dulce santo laico y más que todo, niño resignado y triste — que a veces en las montañas de la Tartaria se ve pasar un animal extraño huyendo anhelante bajo la niebla de la mañana. Tiene los grandes ojos de un anti-

lope, desmesuradamente abiertos por la angustia; pero mientras galopa y golpea el suelo con el pie — tembloroso como su corazón — se ven agitar a los lados de su cabeza dos alas inmensas que parecen elevarle a cada uno de sus movimientos. Se hunde en las sinuosidades de los valles, dejando rastros de sangre sobre las duras rocas. De pronto, cae. Entonces se ven las dos alas gigantes desprenderse de su cuerpo, y un águila que aplicada a su frente le devoraba lentamente el cerebro, se eleva saciada hacia los cielos. . . .

El pesimismo, anacrónico en estos pueblos recién nacidos y que florece en la sombra de los ojos prematuramente cansados, entorpece la voluntad y devora la idea viva en el propio instante de la creación. La juventud actual padece ese grave mal que se dió en llamar "mal del siglo". A su amparo crece Desorientada, aturdida por la balumba de cosas contradictorias, atraída incessantemente de todas direcciones, sin control, cae en la misantropía o vaga en la superficialidad. Y quién tiene la culpa de esto? Nosotros? Nó! Todos! Es que no hay nobles direcciones ni para el pensamiento, ni para la acción. Todos se equivocan: tanto los que nos empujan en tumulto hacia la vida intelectual como los que se encargan de formarnos. Todo es confusión y tumulto. Perdida en la extensión de América apenas se escucha la voz de uno que otro maestro. En este cielo uniforme y monótono, apenas se levanta una que otra estrella. En América no hay maestros; en Europa casi todos se han ido ya para siempre. Nosotros acaso no pudimos o no tuvimos tiempo de formarlos porque en la casa de Mammón fuera estruendosa y hostil la algarabía. Pero hacen mucha falta! Vivimos en perpetua improvisación de hombres y cosas. Por cada uno que se logra, noventa y nueve muerden el polvo del fracaso. El único maestro cierto que existe, es, por otra parte, caprichoso; se llama Azar. Entre nuestros mismos escritores las pocas individualidades originales son, ciertamente, autodidactas. Y la obra que todos realizan, salvo la de muy pocos, no trasciende simpatía. Es obra orgullosa, encastillada, impopular. No queda

otra semilla que la sugestión de un esfuerzo penoso. No tiene trascendencia. Le falta el pequeño toque humano.

En el ambiente social hay factores que contribuyen a la esterilidad de la vida intelectual y universitaria. Por eso dije antes que el mal está en todas partes. Nosotros—los americanos—no pertenecemos en realidad al viejo tronco latino sino en escasa medida; somos latinos por la tradición que de ellos recogimos, más que por la raza. España es un pueblo afro-europeo que recibió una tradición latina prolongándola en sus colonias de ultramar. Y entre las tradiciones de la vieja Roma guardamos y cultivamos con raro empeño la que desprecia el trabajo que domina y engrandece las fuerzas naturales. Formamos entonces en estos pueblos el patriciado de la Burocracia. Los burócratas españoles de la Colonia fueron los primeros patricios. Es nuestra más antigua ejecutoria de nobleza. Sin las ventajas y con todos los defectos de la vieja aristocracia se implantó. Difieren en sus orígenes. La dádiva del monarca por lo regular blasonaba una gesta épica; el desarrollo artificial, progresivo, inútil, del Estado y sus funciones administrativas y políticas, frecuentemente cobija la tristeza estéril de los vencidos innatos.

En consecuencia ha acabado por confundirse — casi de buena fé — el rango con el mérito.

El rango — ha dicho Ingenieros — no es la consagración del mérito, sino el mérito mismo, en la moral burocrática.

Uno de los más graves males que padecen las democracias americanas es el desarrollo de la burocracia. Y lo digo fuertemente. El Estado es la necesidad máxima: fuente de todos los apetitos, camino obligado de todas las esperanzas, supremo árbitro en la vida del esfuerzo, posada de todos los peregrinos, venda para todas las heridas, refugio de convalecientes y de inválidos, creador de una mentalidad, de una moral y de una conciencia específicas. El Estado lo es todo. La iniciativa individual no es nada. La voluntad creadora del individuo debe estrellarse ante el monopolio gratuito creado por la asociación de los minúsculos, de los ina-

daptados a la vida libre y creadora. Eso no es por otra parte un mal exclusivo de nosotros. Es la estampa del Estado latino. El socialismo mismo se equivoca, cuando estimula la garra del Estado y fía en su fuerza el apoyo de la justicia futura. Es una espada de dos filos: cuidado con ella! En la vida simple de la nación los órganos de la administración pública se complican de una manera exagerada. Los presupuestos, "en toda su gama" hacen vivir a una clase estéril, reclutada — quien lo creyera! — entre los que ostentan títulos universitarios. Al pié de las murallas, una multitud espera...

¿Y por qué es esto? Es porque se tuercen las vocaciones. No son las disposiciones naturales del espíritu las que marcan el paso en la vida. Jamás se consulta a la ley espontánea "del mínimo esfuerzo". La esclavitud al prejuicio del trabajo que denigra, es la primera representación mental que se forma en el jefe de familia ciudadana cuando se trata de asegurar el porvenir del hijo. Este prejuicio es el que entristece muchas vidas, el que desarticula proporciones entre los campos y las ciudades, el que empobrece el ambiente mental y moral de nuestros centros urbanos, el que fabrica "pájaros de barro", el que deja al extranjero activo el monopolio de la industria y del comercio, el que permite que ellos adquieran la propiedad de la tierra que heredaron americanos desprovistos de energías. Desde el punto de vista de la vida nacional esta falta de equilibrio, inquieta. "Estas naciones — ha dicho García Calderón — que invaden inmigrantes activos, son dirigidas por un grupo de mandarines, y si una educación práctica no desenvuelve en la juventud las "vocaciones" comerciales e industriales, los colonos enriquecidos desplazarán al criollo de sus viejas posiciones. Las grandes transformaciones políticas del porvenir, serán debidas al desenvolvimiento equilibrado de la riqueza común."

Se tuercen las vocaciones. Meditad, maestros y discípulos! Aquí, en estas severas casas de estudios, están ocultos y sin desarrollo los procedimientos defensivos. Aquí deben estrellarse

las vanas lamentaciones, aquí debe elaborarse el pensamiento nacional, aquí la juventud tocada de graves inquietudes debe encontrar las altas señales, desde aquí se debe poder mirar hacia todos los horizontes...

La juventud que pasa por los jardines de Academus, no puede querer la enseñanza oscura y rutinaria del dómine pedante. Ella no necesita de verdades concretas, fáciles de adquirir en el sosiego de los gabinetes. No fórmulas anquilosadas que de nada sirven cuando la dinámica de las cosas nos urge en la urdimbre nueva, sino ideas vivas. La verdad no es patrimonio de nadie; es un perpetuo devenir. Casi podría decirse que no existe ni ha existido nunca. Lo único que han existido son verdades: La verdad sería acaso la sombra de las verdades: lo que las alienta en su transmutación incesante. Lo que debemos encontrar son gestos amplios señalando las grandes rutas del pensamiento, el punto de donde parten todos los caminos. Ese punto está en nosotros mismos, en la porción de originalidad que cada hombre sincero puede dar, en el desarrollo espontáneo de la aptitud dormida. El maestro no debe aspirar sino a que nos descubramos a nosotros mismos. Ahí está lo fecundo en la confluencia de maestros y discípulos. Nada de pedantismo, nada de solemne aparatosidad, nada de recetas! Debe aspirarse antes que todo a desarrollar el espíritu de investigación, el espíritu filosófico, muerto y amortajado en las universidades y en todos los institutos oficiales de cultura! Recordemos con Taine, que la filosofía nació en Grecia, no como entre nosotros, en un gabinete y entre papeles, sino al aire libre, al sol, cuando fatigados por los ejercicios de la palestra y apoyados en una columna del gimnasio, los jóvenes conservan con Sócrates sobre el bien y la verdad.

Compañeros de colación: amigos y camaradas en las horas de las charlas bulliciosas, ingenuas: Ya la ronda de la alegre estudiantina, apaga en las callejas su pretérito rumor... Ahora es-

tá la Vida, frente a frente, mirándonos con una expresión enigmática. Tal una Isis impasible. Pero no nos conturbemos; siempre es así. Al fin y al cabo no sabe de dónde venimos ni hacia dónde vamos... Pero nosotros sí, lo sabemos! Cumple entonces dirigir nuestra prora impetuosamente hacia el rumbo que nos marque "el lucero interior". Hagamos siempre nuestra obra personal sin perder jamás de vista la obra colectiva. La nacionalidad reclama hoy más que nunca el esfuerzo constante de todos. Si los ideales que debemos aventar hacia los cuatro vientos, son en cierto modo universales, sintámonos vibrar al unísono en la tierra natal. Soñemos con una patria ideal para la humanidad entera, pero razonemos con Michelet: "La patria es una amante tras de la cual corremos también. Ulises no se cansó hasta que no vió humear los techos de su Itaca". Es preciso adelantar o retrogradar. El estado presente no puede subsistir. Debemos estar preparados para muy rudas faenas que se acercan inevitablemente. A los jóvenes de hoy nos ha tocado nacer en el trance más oscuro de la historia. Amigos: la tragedia de Europa es algo más que una guerra; allí está ardiendo una civilización. El humo denso, cargado de miasma, llegará hasta aquí. Preparemos entonces los ojos para distinguirnos en la sombra. Preparemos el espíritu para comprender el sentido de lo que vendrá. Preparemos el oído para distinguir las voces amigas entre el ronco grito de los descontentos. En adelante, todo ha de gravitar sobre América. Aquí han de tener final los viejos pleitos humanos. Será éste el campo de una vasta experiencia. Mientras tanto estudiemos! estudiemos sin descanso y sin fatiga; no nos sorprenda la tempestad en lo más apartado del bosque, ocupados en pasatiempo inocente! Tampoco nos arredre el futuro dolor, que el sacrificio es bello cuando cuaja en una verdad o en un bien. Uno de los maestros que aroman nuestra intimidad, ha notado que "en las tablas roble de los coros de iglesia — amorosamente esculpidos en los tiempos de fe — el mismo tipo de madera representa con frecuencia, sobre una de sus caras, la vida de un santo y sobre la otra una serie de rosas y de flores, de tal suerte

que cada gesto del santo figurado de un lado, se convierte por el otro en un pétalo o en una corola; sus sacrificios o su martirio se transforman en un lis o en una rosa. Obran y florecen, todo a un tiempo. Sufrir desplegándose, abriéndose como una flor, unir en sí la realidad del bien a la belleza del ideal, este es el doble objeto de la vida y nosotros — lo mismo que los antiguos santos de madera — debemos esculpirnos también sobre dos caras.”

DEODORO ROCA.

DISCURSO 1916

DE LA FABLA CABALLERESCA

Señores:

Cuando pesa sobre nuestra imaginación la balumba de cien historias y leyendas; cuando las lecturas de los primeros años han dispuesto de tal manera nuestra fantasía que las cosas preséntanse en trance de sublimidad; cuando las empresas son tan considerables que rayan en lo ideal y extraordinario, entonces nuestros sentidos parece como que quieren acomodarse también a la medida de las cosas y nuestra vida emocional se predispone de tal suerte, que la misma realidad se transforma, se engrandece, se hace fantástica.... Las vidas ya pasadas que dormitan en el fondo de lejanas conciencias, anímanse de pronto, cobran gestos, posturas..... Condición milagrosa! Las emociones que tuvimos en la infancia, atan y recomponen los fragmentos deshechos. Y sobre esa reconstrucción ideal, planea el recuerdo en lentos vuelos. Entonces las cosas más humildes al contacto de nuestra simpatía de tal modo exaltada, se espiritualizan. Toman forma visionaria. Cada rincón que evocamos, cada vestigio del pasado, tiene para nuestra alma unas palabras recónditas, inefables. Los lugares por donde transcurrieron aquellos sucesos extraordinarios, la llanura parda y rígida, los pueblos igualmente pardos y rígidos, los rincones húmedos, los escudos de piedra desportillados, los torreones derruídos, todo tiene alma, todo adquiere virtud evocativa. Hablóseme de venir ante vosotros para rezar cosas de la

intimidad común junto al viejo libro inicial y acepté conmovido, pensando que a estas horas el recuerdo uniforme estaría vibrante en el corazón de la raza y a lo largo de todo un pueblo, con la vibración potente de un bronce que permanece sonando largo rato en el centro del día.

Acaso un dejo melancólico fúguese entre la sonrisa y haga empalidecer las rosas de la ofrenda perfumada con sol antiguo. El bello pasado, aquel tiempo bravo, fosco, fiero, en que unos hombres audaces y obstinados querían ensanchar su patria y su fe más allá de la llanura, sólo se escucha tácito en las villas oscuras donde los condes armaban sus mesnadas. Parece como si para siempre hubiera pasado. Se van borrando las últimas huellas... Y he pensado con honda tristeza en aquellos relatos de que hablaba, poblados de hechos barvos, bellos, felices. Y he visto que aquellas grandes sombras, al marcharse, dejaron las ciudades vacías... Y he soñado que miraba aquellas casas viejas, que tenían grabados sobre sus portales los escudos nobiliarios y ante aquellos blasones rotos, polvorientos, abandonados, me ha cubierto una ola de recuerdos sentimentales, porque ellos timbran la casa de los mayores. Aquellos escudos estaban allí, ostentando las empresas y divisas de otras gentes, de otros siglos extraños. Los blasones permanecían fijos, indemnes, pero el espíritu que los creó se había ya desvanecido. Hablaban todavía de gloria, de orgullo, de nobleza, pero los hombres que los sustentaron, acaso no volvieran ya más. Los cuarteles tenían aún grabados fieramente aquellos emblemas de grandeza: castillos, leones, águilas, espadas, yelmos, flores de lis, corazones, manos abiertas... Pero sus dueños ya no estaban allí, ni podrían enseñárselos a sus hijos altanaramente. En los mismos portalones anchurosos, donde en un tiempo esperaban los corceles, bullían los pajes y ladraban los lebreles, veíase ahora el utilaje de los traficantes o la grieta impune de los abandonos. En los rincones, los yelmos avergonzados, como dando vueltas al mundo de hoy en donde va revuelto todo: lo verdaderamente noble con lo verdaderamente plebeyo! Soñaba

con otros hombres y con otros siglos. ¿Por qué nosotros — hombres actuales — a veces los vemos a manera de cosas oscuras y tristes, foscas y confusas? ¿No era la vida más clara, más sencilla y también más risueña? Espesos de incertidumbre, carcomidos de duda, fluctuamos entre un pasado que agobia y un porvenir que angustia. Los hombres de ayer no tenían sino dos términos concisos: Dios y el honor. Sus vidas eran más sencillas puesto que poseían un sentido concreto, sintético, de las cosas. En dos miras ponían su ideal: servir a Dios y servir al honor caballeresco. Servicios tocados igualmente de desinterés. Sirviéndoles lealmente, podían mirar de cara a la vida. Acaso con más serenidad, con más alegría que nosotros, hombres que llevamos el hábito de negar, hasta negarnos a nosotros mismos. La idea del honor — refiérome a la idea, no en su contenido intelectual sino en su finalidad trascendente, en su energía y en su dirección — podía suplir a todas las grandezas y a todos los placeres. Ser noble, tener un blasón, un nombre limpio, una espada, bien valía — para aquellos caballeros, sufridos y corteses — toda la potestad del oro! Sentirse noble, superarse en nobleza a cada día, a cada generación; obrar con orgullo y con valor y con bondad, — ya que la verdadera bondad no es el precio de los débiles sino la florecencia de los fuertes —; poder mirar a todos los hombres de frente y por ley de estirpe, de naturaleza; ser noble, en fin: de cuerpo, de alma, de progenie, de corazón, y ser noble siempre y en todos los actos y sentir la dignidad de su nobleza a todas horas.... En verdad que aquellos hombres habían simplificado y enaltecido la vida hasta su máximo grado! Tenían también el culto de la espada. La heroica, la bella, la terrible espada de la tradición! La espada antigua y remota, amiga del guerrero, que se burlaba de las armas arrojadas y corría a buscar el pecho del enemigo. Aquella de que se armaban los guerreros de Homero. Arma varonil, arma valerosa, arma noble, arma leal, compañera de los hidalgos, amparo del juramento habitual, símbolo de nobleza, de defensa, de libertad; arma fiel con la que los

caballeros se acostaban sobre sus sepulcros de piedra y tenían cogida de las manos como joya que ni después de muertos quisieran abandonar. Entonces cada hombre era un corazón, cada soldado un paladín. Era entonces cuando surgían capitanes desde el fondo obscuro del terruño. Y como era pequeño para sustentarlos, se marchaban por rutas fabulosas. Y conquistaban mundos y llevaban como un desbordamiento de belleza y fecundidad. Pero todo aquello se acabó. Ya no salen capitanes desde el fondo cada vez más obscuro del terruño. Ya no surgen individualidades, voluntades fuertes, héroes civiles. Parece como agotado el vejo solar castellano. La tierra se cansó de engendrar y reposa. La raza se achicó y se fué replegando hacia lo escondido del hogar, hasta quedar en las lindes de su modesto predio. Sin embargo el ambiente natural es el mismo. Tiene allí la tierra una fuerte expresión de personalidad. Presiéntese que de un momento a otro aparecerán en un repliegue del campo las mesnadas de los conquistadores, la lanza formidable del Cid. Si en la línea amplia y larga de un collado, recortado en la atmósfera seca y diáfana, se colocase un hombre a caballo, con lanza y pendón y armado de hierro, el hombre aquel parecería colocado en su justo lugar. Los versos del romancero andan como sueltos por el aire aquel. Por los caminos rectos, vacíos, largos hasta el horizonte, se espera ver a cada instante la figura de un héroe castellano.

Ante la inevitable comparación se entristece el recuerdo. Para sentirnos inundados de gloria preciso es tender muy lejos la mirada, evocar las grandes sombras lejanas, los varones enérgicos de otra edad: el Cid, Pizarro, Loyola, Don Quijote. . . . símbolos, todos, de virtudes desaparecidas. . . . (Adviértase que somos españoles por el corazón y por la raza). España era un pueblo cuyo impulso debiera haberle llevado más lejos todavía. Concluyó temprano su carrera, porque dejó de ser ambiciosa y descuidó el ideal. Pueblo que no ambiciona ni idealiza, deja por ese solo hecho de vivir como tal. Tenía fuerzas no obstante para una

empresa más larga. Sin embargo. . . . quién sabe? acaso entre la ceniza esté ahora operándose el milagro de una resurrección!

Hace más de trescientos años — en una perdida aldea de la Mancha —, un hombre sobre quien había batido las alas grises de la vejez, sentado al borde de la ruta larga y miserablemente andada, al declinar de su vida doliente, escribe el dulce poema vespéral, el libro que hoy, de un extremo a otro de la tierra, los adolescentes deletrean y los viejos releen; el libro amado por igual de mundanos, de filósofos, de sedentarios, de poetas. . . . El viejo caballero, al evocar su vida, hace surgir todo un mundo limpio y vivo. La ironía y la piedad se confunden cabe una misma sonrisa. Prejuicios, entusiasmos, groserías, magnanimidades, ridículos inverosímiles, alegría y dolor, cobardía y valor, canciones y llantos, todo el drama y la comedia de los hombres se agitan, viven. . . . El verbo se hace carne una vez más. La obra maestra remonta el vuelo de la eternidad, aparezca donde aparezca; ya sea cerca de los golfos divinos donde el rapsoda ciego celebra la pérdida de Ilión, ya sea en ese pobre pueblo de la Mancha, en esa aldea obscura de Argamasilla, donde el gran manco, vencido por los años y la necesidad, descubre sin embargo a lo largo de las rutas desiertas, sobre el perfil de las sierras, bebiendo el agua parsimoniosa de los torrentes castizos, durmiendo al mal abrigo, al caballero de la triste figura y a su záfio escudero. Acaso ningún otro libro le supera en belleza. Nada en melancolía. Más de lo que alegra entristece. Comienza por hacer sonreír y concluye por hacer meditar. Tal vez por lo que sabemos de la historia lamentable, identificamos al héroe de la imaginación con el mismo que lo engendró. Y adivinamos los sufrimientos, la amargura, la suprema resignación del poeta mutilado, miserable y cautivo, que ya mendigando, ya dándose a negocios sospechosos que más cerca le pusieron de la prisión que de la holgura, levantó desde el fondo mismo de su vejez el monumento maravilloso.

Mala ventura le siguió al nacer. La historia eterna de las obras eternas. Ofrecen estas en su aliento poderoso y cordial, algo de áspero que siempre desconcierta. Como decía Flaubert, es el amargor de los vinos añejos, la sal de las olas. El mismo Bouvard et Pecuchet — monumento de las letras contemporáneas — digno de recordarse a la par del Quijote, todavía es para muchas gentes un libro ilegible.

Para los contemporáneos de Cervantes se trataba apenas de una figura grotesca. Y era una cantera insospechada. El mismo descubridor no conoció las ramificaciones de la veta. Más justa con el héroe que sus contemporáneos y que el mismo Cervantes, la Europa moderna dió al Quijote su sitio verdadero, reconociendo en él un momento de la historia española, una etapa del pensamiento individual y colectivo, el idealismo desenfrenado de España donde la misma llama abrazaba a las almas violentas, esa locura lúcida que no es posible sino en España, en el siglo XVI, en el preciso sitio donde el artista la situó. Cuando Cervantes quiera escribir su claro análisis de la locura que razona, no hará más que mirar en torno de sí. Encerrado y razonando en el refugio lugareño, entre las habituales chanzas del cura, la admiración fingida del barbero y los proverbios de Sancho, no es menos loco el hidalgo que los penitentes de Madrid. Ha perdido de pronto toda noción de la realidad. Ha revivido las canciones de gesta, el ciclo de la Mesa Redonda, las aventuras de los Doce Pares y de Galaor. Viejo, pobre, feo, caballero en escuálido rocinante, llevando por casco un mamotreto y por escudero un labrador, pasea su sueño de justicia por las fragosidades de la sierra o por la soledad de la interminable llanura manchega. Combate a los rebaños, embiste a los molinos, toma a las marionetas de Maese Pedro por las huestes de Carlomagno o de Rolando. María Tornes la fregona —, a quien Florian convirtió en Maritornes, cuelga al desgraciado héroe en el sobradillo de su granero. Los yangüeses le prodigan palos, y cuando quiere rematar empresas de liberación obtiene como premio insultos y burlas. Pero a él nada le importa.

Como observa Tallhade, este lunático es un perfecto gentil hombre. Su entusiasmo le preserva del desfallecimiento, y su cortesía le impide caer en el ridículo. Errante en sus sueños, nada sabe de la burla ni del desamparo que le rodea. De tanto mirar al sol, ha quedado ciego para las cosas de la tierra. Una quimera de gloria, una aspiración infinita, un deseo de grandeza, llenan con sus representaciones deformes el alma del héroe. En aquellos magnánimos juegos, la voluntad crece, se exalta en desinterés y en orgullo. Vivirá en pleno anacronismo caballeresco, soñando únicamente con damas prisioneras libertadas por su mano, con cisnes de encantamiento, con selvas de Brocelianda o con reyes metamorfoseados en cuervos.

En el debilitamiento general que la opresión monárquica produjeron, la imaginación estrecha y violenta del castellano — dice Taine — se repliega en sí misma, y para evitar la fatiga huye hacia praderas alucinadas, se abandona al prestigio de los cuentos que engendra. Crea un mundo ideal, barroco, seductor, donde todo es belleza, armonía, dulzura, donde la hoja no sale de su vaina sino es para afirmar el derecho, y socorrer a las víctimas, donde infantas bellas como el sol duermen sueños mágicos en jardines encantados, donde extraordinarios aventureros derriban a los monstruos heráldicos... Esa complexión romancesca, esa necesidad de aventuras, arraiga tan hondamente en las costumbres de España que — como lo hace notar el ilustre cervantino Laura y Tallhade — proporciona a ese profundo psicólogo Ignacio de Loyola los principios de una evolución religiosa.

Casi dos siglos antes que Cervantes, el archipreste de Hita inauguraba el género picaresco en las letras castellanas. Otro vasto mundo paralelo. Por él sabemos como vivían las gentes del siglo XIV en Castilla la Vieja. Otros ilustres escritores le siguieron, evocando aquella plebe singularmente característica del Renacimiento, que bebe, duerme y se agita en las fondas sucias, en los muladares repugnantes de Madrid, de Sevilla, de Córdoba.

El escudero de don Quijote allí ha nacido, de allí procede.

Guarda todo el aire y el sabor de aquel mundo picaresco. Pero no se crea en la antinomia circulante. Entre los lugares comunes con que se amasan las opiniones existe uno muy difundido que bien pudiera figurar en el diccionario que el grandioso encono de Flaubert levantó a la risible memoria de sus muy humanos Bottvard et Pecuchet. Observación vulgar que ha trascendido a la literatura y se ha encastillado en la docencia familiar, en la pedagogía política, en la enseñanza oficial y en la experiencia popular; observación que lleva a descubrir un conflicto perpétuo entre el sentido común y el espíritu soñador. En la pareja del romance, D. Quijote es símbolo de extravagancia, Sancho, tipo de razón. Y nada más. Y nada más. No se advierte que Sancho y D. Quijote son igualmente insensatos. El error de ambos de diferencia en la realización, conforme a sus distintos temperamentos. D. Quijote se sueña emperador de una Trebizonda inaccesible. Sancho, enfermo luego de grandezas, se orienta hacia las gruesas prebendas, hacia las gobernaciones bien rentadas.

Cuando el delirio se intensifica y universaliza, D. Quijote aspira a ser cardenal o Papa. Lo que Sancho estima en la mesa redonda son los manjares que pueden cubrirla. Cuando se le manda montar sobre Clavileño y desencantar a Dulcinea pide dineros al hidalgo para decidirse y aumento del rebaño. Aquel loco, aquella caricatura humana, aquel hidalgo flaco, seco, de rostro, ahumado, va paseando por sobre la tristeza de su destino — iluminándole en espejismos — el sueño imperial de su alto espíritu. Es un aristócrata. Por eso la muchedumbre se ríe de él y le persigue. El también persigue su ideal sin que las piedras le hieran, sin que las risas le ultrajen ni le desvíen.

En Barataria, el palurdo se afina. Piensa como hombre y a los que se burlan dá excelentes consejos. Sancho Panza triunfa. Rentado, importante, adulado, el pecho es úno, de insignias y cruces. Domina en la política y en el mercado. Sus proverbios adquieren fuerza de ley. Fustiga los abusos siempre que no llegue la hora de aprovecharlos. Se apoltrona. Toma empleados. Juzga, dic-

tamina, discierne palmas. Hasta escribe. Ha atado el asno a la noria y monta a caballo. Ha sido intérprete maravilloso de todas las bajas pasiones. Las ha domesticado para su servicio. Eso no es el buen sentido. Eso es el ruin sentido. Es otro equivocado. Es el gentilhomme de la estulticia!

El triunfo de don Quijote no es menos dulce ni menos glorioso. Aquel gobierna en los bajos y extensos dominios de Caliban. Prolonga en el mundo la miseria, el encono, la grosería y la rapacidad. Este, — caballero voluntario del Derecho y de la Justicia — es menos insensato que el otro; es el que en verdad va haciendo la civilización. La ciencia sutil de Próspero se alimenta de sus utopías. Despreciado y pobre, es el único que al fin triunfa. De siglo en siglo, de generación en generación, de prueba en prueba, va conquistando gloriosas charreteras. Hoy una guerra, mañana una injusticia, ayer una monstruosidad, no importa! No importa que la Humanidad dé tumbos. Es la condición de la ola. Si él no fuera, el mundo no sería. Marca — en la expresión de Rodó — “el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en los hombres tenaces vestigios con el cincel perseverante de la vida”.

Todas las conquistas permanentes de la civilidad, él las ha arrebatado. El mismo prodigio del desarrollo industrial y mercantil que congestiona al mundo, ha nacido en tierras de fantasía, ha germinado en la mente de generosos utopistas. La vida es flor de un proceso de solidaridad. Y la solidaridad es fruto de desinterés, de voluntad, de equilibrio total, de heroísmo anónimo y colectivo, de fecundidad. Si queréis, es un armonioso egoísmo. Pero el mundo no debe absolutamente nada al torpe, al miserable, al clásico egoísmo. Vano es entonces hablar despectivamente del espíritu quijotesco. Quijote no ha muerto. Quijote vive. Alienta por el mundo. Su campo de Montiel—su teatro—se hace cada vez más extenso. Va llenando la tierra. Si sus hazañas son hoy más silenciosas que antaño, sin embargo le hemos de ver un día sin la pobre armadura, brillando bajo un sol rotundo, todo de oro: yel-

mo de oro, coraza de oro, adarga de oro, lanza de oro, todo resplandeciente de oro!

Esa lanza irrisoria que se rompía al golpe de los alabarderos del camino, sobre las aspas de los molinos, será una reliquia bienhechora porque siempre fué blandida en favor de los indigentes y de los oprimidos. Fué en la mano de su dueño la defensa del pobre, el consuelo de los que aquí en el mundo no tienen amigos ni protectores.

El terrestre caballero de la ilusoria Dulcinea ha conquistado para ella una eternidad de esplendor. Ha conocido la delicia de amar sin pasar por las servidumbres de la sensación primitiva, ha comprendido que más allá de lo que cae y perece, más alto que la vida, más tenaz que la misma voluptuosidad, sobre las esperanzas y los odios, triunfa la verdadera juventud, la juventud inmortal: "el amor de amar!"

DEODORO ROCA.

DISCURSO 1920

LA UNIVERSIDAD Y EL ESPIRITU LIBRE

“Que dicha la de vivir en tiempos tan trascendentales”....

(Palabras de Trostky, al inaugurar la tercera internacional)

Vivimos una hora solemne. El mundo está preñado de acontecimientos. El grandioso proceso de renovación se adueña de las ideas, de los seres y de las cosas. Está anunciado el advenimiento del hombre. Una “sed de totalidad” abraza las almas, y por el aire cruzan cantos de revolución. Junto a los graves ecos de la tragedia se sienten ráfagas de la contenida alegría del mundo, que pugna por volver. Es el libre juego de las fuerzas vitales que vienen creando. Es la mutilada cosa humana que deviene persona. Es el grito y el amor del hombre que se redime. Es el hermano que liberta libertándose. Acaso,—sentimos con el divino glosador—esté cercano el día en que el alma de los hombres y los ojos de los hombres puedan volverse de poniente a levante y de norte a sur y acariciar todas las remotas lejanías y adivinar algo, un poco más allá que las más remotas lejanías...

Nada más doloroso y trágico, en la historia de la servidumbre, que la servidumbre de la inteligencia, la servidumbre de la cultura, de la profesionalidad de la cultura. Hay que reconocer con Nicolai, que nunca, desde que los hombres hacen ciencia, se ha visto a los que son vanguardia en las luchas del espíritu, mostrar-

se tan entusiastas de la eficacia de la fuerza bruta; que jamás los investigadores de la verdad han apoyado con tan pocos escrúpulos a las oscuras fuerzas de reacción y dominación. La ciencia al uso, pagada de sus métodos, con sus éxitos fáciles, con su espíritu escolarizado, ha venido adoctrinando a sus adeptos en una concepción conservadora del mundo y matando en sus servidores toda fe en la convicción personal, temerosos de dar—conforme el bello decir del maestro berlinés—el salto creador de la oscuridad de la teoría a la completa tiniebla del futuro. ¡Cuán distinta el alma de los sabios, en aquella alba romántica del 48!

Pero las posibilidades del hombre son ilimitadas. Toda conquista fecunda de la personalidad o de la ciencia es poema de rebeldía: de amor y dolor, a un mismo tiempo. Al resplandor de las vidas heroicas se alumbran los caminos del hombre, y también los obstáculos que los atraviezan. Con razón ha podido decir Gorky a Romain Roland, al pedirle que escribiera la vida de Beethoven: Nosotros, los adultos, los que pronto dejaremos este mundo, legaremos a nuestros hijos una herencia bien pobre, una vida bien triste. Esa estúpida guerra es la prueba evidente de nuestra debilidad moral, del empobrecimiento de nuestra cultura. Recordemos, entonces, a los adolescentes, que los hombres no fueron siempre tan débiles y malos como lo somos desgraciadamente nosotros.

La servidumbre de la inteligencia,—que analizara D'Ors en un aureo libro—aliada con el optimismo cobarde, es el más fuerte puntal de las armazones actuales. Ahita del presente, temerosa del futuro, prostituye a la Ciencia que, según es sabido, en su más pura y elevada forma solo da a la humanidad las armas para la lucha y para el progreso, sin preocuparse de cómo se aprovecharán estos medios. Es por eso que llamada a ocupar posición en la gran lucha de intereses colectivos en que ha entrado el mundo, se apres- ta a defender El Orden, ese orden que ampara su hartazgo, su insensibilidad y su cobardía. Se llama a sí misma “la clase intelectual”, “la clase inteligente”. Oh, función de las clases; oh, en-

canallados funcionarios! Presos en las redes de las pequeñas miserias humanas—insiste Nicolai—no se distinguen de la masa de sus hermanos no científicos que con toda paz y tranquilidad trabajan, ganan dinero y desean vivir cómodamente. Atados a la clase dominante su función es la de estructurar las jerarquías y valores que la definen. Mientras los hombres sigan mutilados, no aparecerá el hombre. Cuando este aparezca, pleno en la posesión de sí mismo, habrá otra luz en el mundo. Se derrumbarán por sí solos los falsos valores que hacen monstruosa, que deforman, la vida libre, original, espontánea.

El punto más elevado de la conciencia humana es la idea del hombre. La consigna oscura, tácita, del siglo XIX fué esta: hay que desintegrar la educación que pide el desenvolvimiento de todas las fuerzas y sentimientos humanos, dentro de la ética de la educación para el trabajo que apareja la necesidad de dotar a todo hombre de la conciencia cultural, esa inmensa perspectiva de educación social, anticipada por los más puros pensadores y entrevista ya en la república de Platón. Hay que retardar el advenimiento del hombre—se sintió, más que se dijo. Lo que por sí sola no haga la potencia de los instrumentos centrales de dominación, deberá ser realizado por los lacayos de la inteligencia.

Desde entonces se distribuye con férrea consigna, por escuelas y universidades, un ejército resonante de asalariados intelectuales, de domésticos doctorados, de dómines verbalistas y pedantes, de parásitos de la cultura. A una libertad y a una igualdad puramente teóricas del ciudadano, en el estado político—conquista suprema de la nueva clase dominante, arrojada al dolor de los eternamente vencidos—, corresponde, todo a lo largo del siglo XIX, una abyecta esclavitud y desigualdad económica. Este orden de cosas se legaliza. Los códigos cristalizan las inapropiadas estructuras sociales. Roma—pueblo rapáz, si los hubo—, sirve de arquetipo. Reviven sus instituciones y ayudan a consolidar las nuevas situaciones de usurpación y de violencia. Detrás de los códigos, se ali-

nean las bayonetas. Más atrás, los maestros ahuecan la voz, indiferentes al dolor de la vida, sacuden los textos milenarios, y el "admirable" espíritu del derecho romano brota de sus labios, limpio como una espada! La tiranía de clase deviene un sistema cerrado. La ignorancia es un resorte educacional, un otro instrumento gubernativo.

Cunde el virus de la democracia parlamentaria. Como dice Taborda, "posee la virtud de la sombra del manzanillo para la fecunda inferencia". Crea una peligrosa y enervante ilusión colectiva. Parece la anchura definitiva que ha de encausar los afanes vitales. Humo de opio, por cuyas espirales se asciende a los mitos edénicos. Y a medida que el pueblo eterno se marchita en la obscuridad de las minas o se despedaza en el trabajo embrutecedor de los talleres y las fábricas, se asegura la dominación en los establecimientos educacionales. Mientras el alma del hombre duerma o se mantenga mutilada, mientras se pueda operar en ella, todo temor será vano! De ahí esa ignominia que separa, desde los primeros bancos de escuela, a los hijos de los pobres de los hijos de los ricos; de ahí esa prolija enseñanza unilateral y calculada que se insinúa en la ramazón de las clases: escuelas adaptadas a objetivos parciales, a categorías predeterminadas; de ahí esa hostilidad a los arrestos de la pedagogía social—reclamada por tantos pensadores ilustres, desde Pestolazzi a Natorp—, que exige la educación por y para la comunidad, la socialización de la escuela, frente a la pedagogía individual, característica del régimen triunfante, que quiere formar al hombre aislado, suelto, desprendido de la comunidad, conforme a la abstracción con que lo aniquila; de ahí esa hostilidad hacia la escuela única, que se realiza en nuestros días bajo la fórmula de Lutnacharsky: "la escuela unificada del trabajo", que—como dice María de Maetzu—reclama para la sociedad el derecho absoluto de la educación del pueblo, negando a la familia el presunto derecho de educar a sus hijos, y combate la organización actual de la escuela que escinde, a sabiendas, la unidad humana.

Pero si los poderes de privilegio, de mentira, de dominación, proseguían tenaces en su obra de aletargar la conciencia histórica, el instinto vital reaccionaba con creciente eficacia. A costa de infinitos dolores la rebeldía surgió en el campo proletario. Fué adentrándose en las almas la cálida visión de una humanidad superior. La gran guerra vino a poner al desnudo toda la miseria moral de nuestro tiempo. Todos los valores fueron ardientemente revisados. La norma había ido marchitándose, encogiéndose, pudriéndose. Y la Universidad era, en los días inmediatos, el refugio supremo de La Norma. Haciendo parte de un sistema más vasto, reflejaba en su agonía la decadencia de un régimen. Los grandes creadores de fórmulas de virtud taumatúrgica, habían desaparecido. Quedaban sus sombras, sus caricaturas: sobadores de textos, frios coleccionistas del saber, adocenados y estériles, guardianes medrosos de una quincallería inútil.

Y un día, los jóvenes, inquietos de hondas y lejanas inquietudes, sintieron un asco invencible. Abrieron las puertas y tomaron lo suyo, sin pedírselo a nadie! Animaba sus mentes un profundo anhelo de renovación. El pueblo, con instinto seguro, comprendió el significado recóndito de aquella cruzada iconoclasta. Advirtió oscuramente—acaso más certeramente, que los mismos actores—su amplio contenido ético y social. Leyó la clara razón de su ceguera. Y dióse todo entero a la causa de los estudiantes revolucionarios. Yo he visto correr la sangre generosa de los obreros en las calles de mi ciudad mediterránea. En Santa Fe, La Plata, Rosario, Buenos Aires, Lima, Santiago de Chile, en todo lugar donde hubo un puñado de hombres libres que arremetiera contra la vetusta armazón educacional, el pueblo se sintió conmovido. Y con la misma anchura de ritmo cordial vibró su alegría en las horas diáfanas, compartió sacrificios y dolores en los días angustiosos de la derrota o del desaliento.

Y los jóvenes tomaron las Universidades proclamando el derecho a darse sus propios dirigentes y maestros. Pero bien pronto, acicateados por esa misma honda y lejana inquietud, van compren-

diendo que el mal de las universidades es un mero episodio del mal colectivo, que la institución guarda una correspondencia lógica con las demás instituciones sociales, que el problema ya no es solo el de darse buenos o malos maestros. En el antiguo régimen, los buenos maestros tenían que ser, fatalmente, los peores maestros. Así, mansamente, se seguirá cumpliendo la obra de mutilación del hombre, en las especializaciones profesionales y de clases.

El problema es muy otro, ya. Mientras subsista la odiosa división de las clases, mientras la escuela actual—que sirve cumplidamente a esa división— no cambie totalmente sus bases, mientras se mantenga la sociedad moderna constituida en república de esfuerzos que, como dice "Xenius", tienen por ley común la material producción, el lucro por recompensa, las universidades—a despecho de unos pocos ilusos—seguirán siendo lo que son, lo que tantas veces se ha dicho de ellas: "fábricas de títulos", o vasta cripta, en donde se sepulta a los hombres que no pueden llegar a Hombre. Por un lado: la Ciencia hecha, lo de segunda mano, lo rutinario, lo mediocre. Por el otro, la urgencia de macerarse cuanto antes para obtener el anhelado título. Y, como siempre ha acontecido, la inteligencia libre y pura estará ausente, la ciencia que se supera oficiará ante otros altares.

Esto me parece que debo decirlo ahora, claramente, sin vacilaciones ni temores, en el aire nuevo de esta Universidad que se abre.

Por de pronto, mientras se orientan los rumbos, no os preocupéis de expedir títulos profesionales. Que el Estado o los particulares reconozcan la capacidad técnica por otras vías. Preferid, más bien, por ahora, extender certificados de estudios y trabajos cumplidos.

Señores:

Los problemas iniciales de la reforma han sido superados. Un fuerte soplo de vida corre por el mundo aventando las cosas muer-

tas. Cuidado! A una concepción fragmentaria del hombre ha sucedido una concepción integral, henchida con la substancia de su propio destino. Cada día un mayor número de hombres se sienten tocados de la nueva luz, de la nueva fuerza creadora. El mundo saldrá transfigurado. No habrá oposición irreductible entre el trabajo del músculo y el trabajo de la inteligencia. El mundo conocerá una cosa nueva: LA ALEGRÍA DEL TRABAJADOR, porque el trabajo, —tal como lo soñaba Wilde— será la expresión bella y noble de una vida que encierra en sí algo de hermoso y levantado: de una vida de hombre.

Recuerda aquel, que en la carrera de antorchas que corrían los jóvenes griegos desde el campo de Marte del Cerámico hasta el templo de la diosa de la sabiduría, recibía un premio no solo el que llegaba primero a la meta, sino el que primero partía con su antorcha luciente. Así, en los fastos de la civilización y el pensamiento libre, no olvidemos tampoco nosotros a los sencillos hombres del pueblo, a los que fueron los primeros en alumbrar esa llama sagrada, cuyo esplendor acrecienta nuestros pasos.

DEODORO ROCA

Discurso pronunciado en la inauguración de los cursos de la Facultad de Ciencias Económicas de Rosario, en representación de la Universidad de Córdoba y de la Federación Universitaria.